Luis Vicente de Aguinaga (México) . Poemas de "Por una vez contra el otoño"

Objekttyp: **Group**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): **- (2003)**

Heft 1

PDF erstellt am: **25.05.2024**

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

Luis Vicente de Aguinaga (México)
Poemas de «Por una vez contra el otoño»

Una sola palabra

Esta piedra, ¿qué dice?
Esta piedra, ¿por qué debe pesar en nuestras palmas
y no en la indefensión de una llanura?

Y al retratar el movimiento
de un ave, ¿qué debe quedar sobre la página?
¿El animal, la abandonada
persistencia de un árbol?

Las arenas que borran tu camino,
las ropas que por la noche te desnudan
y el agitado aliento que desdice tu muerte
subrayan con su gesto el revés de todo lo creado
y acusan al vacío que acecha en los umbrales.

Una sola palabra
conjura la fuga excéntrica del ave
y le ofrece una rama en que adherirse,
un aire del que asirse con más brío.

Una sola palabra.
En el follaje de esta piedra
se oye.

Cold fever

Ir más despacio. Cada vez
entrar con menos pertinencia

y al final no llegar ni estar ausente.
Oír, también despacio,
al pájaro en las vísperas del trino
y en el instante del trino verdadero

no estar ya nunca ahí: no haber estado.
Aprender a callar como se aprende
a cerrar, durante el beso,
los ojos: por olvido.

No entrar. Quedarse a punto. Ahí:
donde consienta el misterio la pobreza
del oro, el fondo
insípido del vino.

Ir. Cada vez
más despacio.

Asueto

Si estuvieran aquí, una flor
y su brillo
tendrían el peso de dos flores

o el doble peso de una luz
que debe apoyar contra la sombra
su espalda.

Si estuvieran aquí, sobre la mesa,
frente a las rachas de aluminio
que desbasta el poder de la mañana,

dos naranjas
agruparían el jugo de todas las cosechas
y tomarían tu boca por asalto.

Si estuvieran
aquí, mis manos, la delgada
y la oscura,

serían, por una vez, dos manos
—y en el peso
de un fruto buscarían el brillo

de la flor que lo anima, que lo invoca.

De la noche anterior

Agujas.
Bebí
una mezcla de agujas y de alientos
dormidos.
Pero yo no dormía.

Ni los pies que fueron
mis pies, que
bajaron al piso lentamente,
sabrían mitigar con su pureza
de objetos hechos para nada
esas agujas:
la incisión del frío.

El aliento. La superficie de un mar que se congela.

La dulzura no es menos, no
puede ser más
que todo
esto.

De los otros lugares

Razonablemente se llaman Iguazú, Groenlandia
o la casa de enfrente.
Sus nombres dicen que no estamos
ahí, en el punto azul o atenuado por las horas
que nuestros dedos exaltan sobre el mapamundi,
pero también, de algún modo,
que no estamos en ninguna otra parte,
que las cuentas del gas y del teléfono
no deletrean el nombre que nos toca,
que las cartas no llegan
porque no hay dirección que nos agrupe, nos dé una sola cara,
unos dientes,
porque bien pueden ser muchos los lugares
donde alguien dice aquí,
aquí no estoy, no hay nadie,
mientras recorre los mapas que te incluyen,
las sombras de la casa
que sin problemas ve desde la suya
y parece muy sola y sin secretos.

Del arrojo

Poco sabe del mar este paraguas.
Una lluvia teatral, casi de inviernos mitológicos, lo exige aquí
sin más contemplaciones
y el viento es cuerdas y puños y graznidos.
Poco sabe del mar, de la furia que oprime la extensión de sus
huesos,
su vigilancia redonda como un cráneo.

Muy poco.
Nada, más bien, y sin embargo
no duda en estar listo, en oponer al agua un tórax impasible,
al rayo una certeza, un hierro
al asedio nocturno de los cazadores.
Quiebra, crispa, despliega, salta, cruje.

Un caso de valor, como quien dice.